

**POLLERO,  
COYOTE Y  
TRAFICANTE DE  
MIGRANTES:**

**JUNTOS PERO NO IGUALES.  
PROPUESTA BÁSICA PARA  
DISTINGUIRLOS**

---

*Parte 1*

*Rodolfo Casillas R.*

POLLERO, COYOTE Y TRAFICANTE DE MIGRANTES:  
JUNTOS PERO NO IGUALES. PROPUESTA BÁSICA PARA DISTINGUIRLOS

*Rodolfo Casillas R.*

Sólo el ojo adiestrado puede hacer distinciones y aquilatar. También, ese ojo puede ver lo socialmente nuevo, mientras que el ojo inexperto ve hechos naturales en la sociedad: en la sociedad nada es natural, todo se construye. Ello no implica que el ojo adiestrado siempre vea, que vea con oportunidad, que vea lo sustancial, etc., y que el ojo inexperto sea incapaz de ver algo; ni lo uno ni lo otro. La diferencia está en que el ojo clínico está capacitado para identificar los elementos de novedad, analizarlos sistemáticamente, elaborar una argumentación sobre los mismos y, eventualmente, explicarlos o teorizar sobre su significado. El ojo inexperto puede detectar algo nuevo y puede explicarlo con los elementos a su alcance que, en tanto que carecen de solidez técnica y teórica, es proclive a explicaciones menores y eventualmente equívocas, más que en lo que puede incurrir el ojo clínico.

Una confusión frecuente está en el uso de los conceptos. Un caso que ejemplifica es el del uso indistinto de pollero, coyote y traficante de migrantes. Que así lo haga una persona no especialista es entendible y admisible; pero que lo haga quien se especializa en el estudio de las migraciones es a todas luces inadmisibile y criticable. Las palabras tienen más contenido del que a simple vista parecen tener. Pollero, por ejemplo, tiene un referente rural al hablar del pollo, del pequeño animal que sigue a su progenitora, la gallina; donde ésta va, aquél también va. De ese hecho y proceder campirano y animal, aprende la sociedad, pues justamente eso es lo que hacen los migrantes pollos al seguir al guía pollero: seguirlo por la ruta que éste conoce o se supone que conoce y aquél sigue sin cuestionar. Pero no es sólo eso, un guiar y un seguir: el pollo sigue a la gallina, pero no a cualquier gallina, lo decía antes. Y eso, socialmente, es lo que hace el migrante pollo: no sigue a cualquier guía, sino al guía que le dice algo, y ese algo es conocimiento previo, acuerdo previo, compromiso previo. Dicho de otra forma, hay un conocimiento social que permite el acuerdo entre las partes *en* la sociedad. Y algo más: ese acuerdo no es necesariamente una relación contractual, aunque ella ocurra en un entorno mercantil. Es un acuerdo que responde en principio a relaciones de cercanía, de confianza, de comunidad en que se apela a un imaginario social compartido, como es el ser parte de un conjunto común. Por eso la confianza recíproca, la ayuda mutua, que no está regida ni subordinada a valores comerciales ni mercantiles, sino al de ser parte de un mismo tejido social. Ése es, en su origen y esencia, lo que socialmente quiere decir pollero. Desde esta lógica, se trata de una relación socialmente cohesionadora que se alarga en el espacio y se nutre de nuevos elementos durante el tiempo y circunstancias del traslado. Por ello, la sociedad debe cuidar su existencia ante los embates que le dirigen otros actores, sociales e institucionales.

Coyote, de igual manera, hace referencia a la naturaleza: es un depredador que está a la caza de una víctima, independientemente de que ésta vaya sola o acompañada. Eso es justamente lo que hacen las que actúan como coyotes cuando cazan a los migrantes en lugares estratégicos de la ruta migratoria, como pueden ser los cruces de fronteras nacionales. Ahí aguardan a que lleguen los pollos

migrantes y, apelando a alguna manera de violencia física o sutil, se apropian del pollo. El coyote social, a diferencia del pollero social, sí es producto de las relaciones de mercado, pues apropiarse del pollo migrante tiene como objetivo lograr algún tipo de beneficio económico, material o en especie. Aquí no importa origen, adscripción, pertenencia y planes del pollo migrante, sino el beneficio que se pueda sacar de él y, eventualmente, de sus familiares. Dicho de otra manera, mientras el pollero es un producto social, el coyote es un producto de la legalidad restrictiva que incrementa la vulnerabilidad del migrante, quien requiere de más apoyos para cruzar por, o evadir a, los puestos de control migratorio. Sin esa legalidad restrictiva la existencia del coyote social no tiene razón de ser, aunque cabe aclarar que el coyote no es un producto buscado por esa legalidad, sino una consecuencia, hasta ahora automática e innegable de ella, pero que no le sirve necesariamente a ella: el coyote destruye tejido social, pero también resulta nocivo para las instituciones públicas, incluidas las de gobierno; sólo se benefician quienes realizan tal actividad, sus dependientes económicos y quienes les proporcionan alguna contraprestación comercial en la realización del coyotaje. Es decir, generan y benefician tejidos sociales menores a costa de tejidos sociales e institucionales mayores. El coyote es producto de la intolerancia de las leyes, no les sirve a ellas sino que se sirve de ellas; es un mercader nocivo.

Mientras que en la relación pollero/migrante priva la preservación del tejido social, en la del coyote priva la del beneficio sin importar cuánto daño pueda causar al tejido social al que pertenezca el pollo. Un coyote más experimentado, incluso, puede por el contrario pretender mayores beneficios del tejido social al que pertenece el pollo migrante, si logra sacar provecho de los recursos potenciales de éste al apelar a su tejido en busca de ayuda y protección, que se puede expresar en pagos mayores al ser el pollo migrante privado de su libertad en algún tramo de su recorrido. Es una ecuación simple del mercado: ¿cuánto vale el pollo, de cuánto dispone quien se interese en tenerlo, en cuidarlo, en liberarlo? Mercancía humana a la que se le fija un precio de acuerdo con el mercado y con quienes en él participan. Las leyes migratorias son, en ese sentido, un acicate en el mercado: a mayor inflexibilidad de ellas corresponde un alza en el mercado de los productos y servicios concurrentes. Por eso el coyote es un producto directo de la sociedad mercantil; por eso el coyote es un depredador de los tejidos sociales; por eso es gravísimo confundir el pollero con el coyote, pues son antípodas uno del otro, sociológicamente hablando, así como el pollo y el coyote lo son en la vida animal.

El traficante de migrantes es el producto social más logrado del mundo mercantil. Él ofrece sus servicios de traslado de un lugar a otro, tiene su listado de precios, modalidades y condiciones de pago para quien se ajuste a su tarifa. Por lo regular se establece en los lugares de origen de la migración o en sus cercanías o en lugares de enlace, es decir en el interregno de una red de traficantes y otra. En ese sentido está más cerca del coyote, aunque por su ubicación territorial, que es o puede ser más amplia, está más cerca físicamente hablando del pollero y su entorno social. En efecto, el traficante, para el logro de su cometido, requiere, como el coyote, de una ubicación estratégica; el coyote en lugares de paso y el traficante lo más cercano posible a donde se origina la demanda de sus servicios. En ambos casos, el éxito de su cometido guarda estrecha relación con el saberse ubicar espacialmente, es decir, hay racionalidad de mercado, mientras que con el pollero

las fuerzas generales de la macro economía y los efectos locales de ella determinan que éste emerja como respuesta comunitaria, no estructurada en esquemas de acción colectiva, con más peso de las fuerzas centrífugas que centrípetas. Son un cotejo de fuerzas desiguales y con propósitos opuestos, una lucha desigual a todas luces.

El traficante es el polo opuesto del pollero; para éste son precondition para la interacción y acuerdo el conocimiento previo entre las partes, para aquél no; mientras uno se basa en la relación subjetiva, el otro en la objetiva, despersonalizada; mientras que de la acción de pollero se puede esperar un beneficio para el tejido social, de la del traficante la activación de los circuitos comerciales benefician las relaciones del mercado y los tejidos sociales que a ellas correspondan, pero no los tejidos sociales de los migrantes; éstos, aunque se lleguen a extender en tiempo y espacio, siguen acotados, mientras que tiempo y espacio para lo comercial tiende al mercado global. Por eso apabullan los circuitos comerciales a los tejidos sociales de los migrantes, si no los trituran los moldean para hacerlos funcionales a lo macro comercial.

Pero también ocurre que pollero y traficante requieran de aval social, así sean agentes sociales distintos y distinto sea el aval requerido. Ese aval es la confianza; personal en un caso, profesional en el otro. No cualquier migrante deviene pollero: en situación óptima, lo hace quien por ser migrante o por ser migrante miembro de una familia de migrantes es reconocido como gente confiable como para encargarse lleve a un o una primeriza. Si lo hace y lo hace bien, la propia comunidad se lo reconocerá haciéndole encargos similares en tiempos venideros, hasta que el título de pollero sea dicho como un reconocimiento social que da prestigio a quien se lo ganó. Ello no implica ingresos económicos adicionales necesariamente, pero sí prestigio social, cohesión social del tejido con y hacia quien da ese aporte comunitario. El traficante, en cambio, del precio de sus servicios, de las condiciones de pago, pero sobre todo del cumplimiento de lo ofrecido, depende para ser requerido por más y nuevos demandantes de traslado internacional: a mayor profesionalidad en su actuar dependerá mayor demanda de sus servicios, es decir, relaciones contractuales propias del mercado. Su prestigio no es social, es empresarial, mercantil, profesional. La gente confiará en el pollero por su prestigio social, mientras que esa misma gente confiará, de ser el caso, en el prestigio profesional del traficante: a uno se le da afecto; al otro, monedas.

Si, en esencia, cada uno de esos tres conceptos (pollero, coyote y traficante) son distintos, en la práctica pueden desarrollarse vasos comunicantes entre quienes los encarnan en la realidad, transferencias de identidad, de actuación, de cometidos, de espacios en donde ocurren los encuentros o hechos sociales. El riesgo de confundir uno y otro es mayor cuando las mismas personas físicas asumen una u otra actividad, o que con unos migrantes asuman un papel y con otros, otro, en el mismo espacio físico y temporal. No hay confusión de roles, sino de diferenciación de relaciones con la otredad migrante. Por su inmediata cercanía, son los propios migrantes quienes son los primeros en confundir, pero ése es el riesgo que vive y enfrenta cualquier participante subordinado en un proceso social determinado; de ahí que el ojo clínico, el ojo capacitado, deba discernir lo que dice el migrante o cualquier otro informante calificado para no reproducir acríticamente una percepción equivocada.

Frente al coyote y traficante, el pollero tiene otras peculiaridades que lo distinguen de ellos: 1) puede ser pollero cuando parte del lugar de origen y residencia y, una vez logrado el traslado, tal actividad deja de ocurrir. Eventualmente, pero no siempre, puede desempeñar ese papel cuando regrese al lugar de origen o residencia familiar y emprenda nuevo retorno al lugar de destino; y 2) el papel de pollero no implica necesariamente algún tipo de transacción económica o en especie, pues no hay un propósito de lucro. Empero, si en algún momento se altera el acuerdo solidario de origen, entonces ese mismo pollero deja de ser tal para convertirse en traficante. En la realidad, el que un pollero pase a ser coyote o traficantes es más usual que una conversión de éstos en aquél.

Con el paso del tiempo, es decir con el perfeccionamiento de los procesos de pollerismo, coyotaje y tráfico, procesos que pueden ser simultáneos y no excluyentes, aunque compitan entre sí, se acrecienta la participación de más personas físicas en ese actor social, a la vez que ocurren procesos de diferenciación de roles y actividades, así como de recompensas acordes a esa diferenciación, participaciones y riesgos que éstas signifiquen. Estos desarrollos son más ocurrentes entre coyotes y traficantes dado que son actividades más de mercado, es decir lucrativas, que solidarias como sería el pollerismo. Adicionalmente, la reproducción social de estos agentes sociales se da por el aprendizaje transmitido a un familiar, a un miembro del círculo social inmediato, a quien ya ejerce algún rol, o bien por adscripción de alguien que fue/es migrante, o que conoce rutas, entornos territoriales, gestión de servicios asistenciales necesarios para la migración, conduce/posee vehículo o inmueble, etc. Es decir, en tanto que se trata de actividades sociales, coyotaje y tráfico generan tejidos sociales específicos para atender lo necesario de su actividad lucrativa, pero también para la interacción con otros tejidos sociales necesarios para la realización de su actividad, o bien para la canalización de los recursos y bienes resultantes de su actividad, o bien para la ampliación de actividades diversas y sufragadas con los recursos provenientes del comerciar con migrantes.

En la medida que se desarrollan, estos procesos (coyotaje y tráfico) se vuelven sistémicos, son expresión del sistema, con espacios propios y compartidos de la economía formal e informal, con vasos comunicantes entre mercados locales e internacionales. Hay que verlos en el significado general de su ser y hacer para tener el horizonte amplio, de otra manera se les ve como anomalías y no como procesos propios del mercado. En efecto, el horizonte amplio permite observar que lo local y lo global forman parte de un mismo todo, en el que uno no se explica sin el otro y viceversa. El coyotaje y el tráfico de migrantes son como engranajes de una misma y gran maquinaria, la del mercado.

Estos “engranajes” mantienen una interacción dual al menos con otros engranajes y con el sistema social de dominación. Con unos, una relación de competencias, de ganancias y pérdidas acordes con la reglas que rigen ese mercado específico, mientras que con otros, los jurídicos del Estado, una relación de tensión, conflicto, castigo y exclusión pero que, a la vez que les criminaliza premia su actividad al hacerla más costosa para el migrante demandante de sus servicios. Premio y castigo por lo mismo en que lo último es menos frecuente y se aplica a pocos. Estos engranajes, estos mercados específicos, no terminan cuando más se les regula parcialmente, pues la masa migrante es materia de otros momentos y

lugares de atención estatal y otros actores sociales, que no serán aquí abordados; aquí se argumenta sobre esos agentes sociales que de distinta manera se relacionan con los migrantes (polleros, coyotes, traficantes), y no sobre los migrantes mismos. Pollero, coyote y traficante son agentes sociales que surgen y cubren una necesidad social (hacer un traslado) para responder a una circunstancia del mercado (oferta/demanda, inserción/deshecho, etc.) en un sistema de dominación determinado (modo de producción y estructuración social). Si estos elementos no se tienen presente en el análisis, éste será equívoco. El ojo adiestrado debe estar en constante formación, en un aprendizaje sin límites, comprobando en todo momento sus concepciones, instrumental analítico, formulaciones conceptuales y alcances interpretativos, pues puede que ante lo nuevo su bagaje resulte insuficiente y será entonces que lo nuevo lo explique con lo viejo. El resultado es predecible: formulaciones anacrónicas desde su origen.

RC  
Ciudad de México, marzo de 2016.

Nota: en próximo texto se presentarán las similitudes y diferencias entre redes de tráfico y redes del crimen organizado que dañan a migrantes internacionales.

**Italiano**

**INSIEME, MA NON UGUALI:**

**POLLERO,  
COYOTE E  
TRAFFICANTE DI MIGRANTI  
IN MESSICO.**

**PROPOSTA DI BASE PER  
DISTINGUERLI.**

---

*Rodolfo Casillas R.*

INSIEME, MA NON UGUALI: *POLLERO*, *COYOTE* E TRAFFICANTE DI MIGRANTI IN MESSICO.  
PROPOSTA DI BASE PER DISTINGUERLI.

Rodolfo Casillas R.<sup>1</sup>

Solamente uno sguardo esperto è in grado di distinguere e valutare. Occhi esperti possono inoltre scorgere un fenomeno socialmente nuovo, mentre “i non addetti ai lavori” tendono a considerare come “naturalisti” certi fenomeni in seno alla società: nella società niente è naturale, tutto si costruisce. Ciò non significa che un occhio allenato sia sempre in grado di cogliere il profilo sostanziale di un fenomeno e le opportunità che ne possono derivare, ecc., così come non è detto che un occhio inesperto non sia in grado di osservare in modo analitico; nè l'uno, nè l'altro. La differenza sta nel fatto che l'”occhio clinico” ha la capacità di cogliere gli aspetti innovativi, analizzarli in maniera sistematica, elaborare un'argomentazione su questi ultimi, ed eventualmente produrre una teoria. L' occhio inesperto può rilevare aspetti nuovi e spiegarli attraverso gli strumenti di cui dispone, ma in mancanza di un solido bagaglio tecnico e teorico è incline a fornire analisi di basso profilo, con un margine di errore maggiore rispetto a chi dispone invece di adeguati strumenti.

Una errore frequente è ovviamente quello concettuale. Un esempio di errore concettuale in questa sede è quello dell'uso indistinto dei termini *pollero*, *coyote* e di quello del trafficante di migranti come nel caso della migrazione che parte dal Messico o che transita attraverso il territorio messicano verso gli Stati Uniti. E' comprensibile ed accettabile che un non addetto ai lavori commetta un errore di questo tipo, ma quando quest' errore concettuale viene commesso da chi si specializza nello studio delle migrazioni è da considerarsi invece inammissibile e criticabile.

Le parole hanno più contenuto di quanto non sembri in apparenza. Il termine *pollero*, ad esempio fa riferimento al mondo rurale, in quanto *pollo* significa letteralmente il pulcino che segue la propria chiocciola; dove va la chiocciola va anche il pulcino. Questo riferimento al mondo rurale serve a descrivere e capire l'atto compiuto dai migranti nel seguire senza discutere la guida chiamata *pollero* lungo il percorso che (egli) conosce o si suppone che conosca. Ma non si tratta solo di guidare e seguire. Il pulcino segue la gallina, ma non una gallina qualsiasi, lo dicevo prima. Questo, dal punto di vista sociale, è quello che fa il migrante “pulcino”: non segue una guida qualunque, ma la guida che “gli

---

<sup>1</sup> Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México, rodolfo.casillas@flacso.edu.mx



suggerisca qualcosa”; questo “qualcosa” consiste in una conoscenza previa del suddetto percorso, in un accordo previo e in un compromesso previo. Detto in altre parole, c'è un “sapere sociale” che consente l'accordo tra parti in seno alla società. C'è di più: questo accordo non è una mera relazione contrattuale, ma risponde inizialmente a rapporti di vicinanza e di fiducia che si richiamano a un immaginario sociale condiviso, tipico di chi si sente parte della stessa comunità. Per questo la fiducia e l'aiuto reciproco non si reggono e non sono subordinati a valori commerciali e di mercato, ma sono semmai vincolati all'appartenenza allo stesso tessuto sociale. Questo essenzialmente significa essere *pollero* dal punto di vista sociale. Secondo questa logica, si tratta di una relazione socialmente coesiva che si estende nel territorio nutrendosi di nuovi elementi che si inseriscono gradualmente. Per questo motivo la società deve preservare l'esistenza di questa relazione dinanzi agli attacchi sferrati da altri attori sociali e istituzionali.

In una situazione ottimale si diventa *pollero* per il fatto di avere già vissuto l'esperienza migrante o per avere dei parenti emigrati. Chi soddisfa questi requisiti può eventualmente essere considerato abbastanza affidabile da prendere in custodia un novizio o una novizia (con “novizio” si vuol fare riferimento a una persona che intraprende per la prima volta il percorso migratorio, e che pertanto non ha ancora esperienza). Questa persona viene quindi fatta viaggiare insieme a qualcuno di fiducia che sappia come intraprendere la migrazione via terra, in questo caso il *pollero*, come si diceva poc'anzi. Ciò che deve quindi fare il novizio è “lasciarsi condurre” dal *pollero* senza avere l'obbligo di apprendere ciò che il *pollero* fa. L'unica cosa che il novizio o la novizia dovrà fare è ubbidire al *pollero* ed aiutarlo se richiesto. Se il *pollero* svolge bene il suo ruolo, la sua comunità di appartenenza ne terrà conto assegnandogli incarichi simili in futuro, fino a quando il titolo di *pollero* non divenga una sorta di riconoscimento che conferisce rispettabilità a chi lo riceve. Ciò non implica necessariamente degli introiti economici aggiuntivi, bensì ne gioveranno il proprio prestigio personale e la coesione del tessuto sociale con il quale e verso il quale (il *pollero*) fornisce il supporto comunitario.

Rispetto al *coyote* e al trafficante, il *pollero* ha altre peculiarità che lo distinguono dai primi due: 1) Può essere *pollero* chi, una volta riuscito nell'intento di emigrare, decida in un secondo momento di tornare al proprio paese di origine per poi intraprendere un nuovo viaggio verso gli Stati Uniti, stavolta insieme ad altre persone; 2) Il ruolo del *pollero* non implica necessariamente un qualche tipo di transazione economica o in natura, dunque non si può parlare di finalità lucrative in senso stretto.

Ciononostante, se in un determinato momento si dovesse deteriorare il vincolo solidario tra comunità natia e *pollero*, quest'ultimo potrebbe decidere di vestire i panni del trafficante di persone, il cui ruolo verrà approfondito più avanti. In concreto, è più probabile che un *pollero* degeneri diventando *coyote* o trafficante anziché il contrario.

Il termine *coyote* si riferisce anch'esso al regno animale: è un predatore che dà la caccia a una vittima, sia che quest'ultima si trovi da sola o in gruppo. Questo ovviamente è ciò che fanno coloro che si comportano come *coyotes* che danno la caccia ai migranti lungo i punti strategici del percorso migratorio, come ad esempio i valichi delle frontiere nazionali (come quella tra Messico e Guatemala). In questi punti (i *coyotes*) aspettano l'arrivo dei "pulcini" migranti e, minacciandoli di una qualche violenza fisica o psicologica, se ne appropriano. Il *coyote* sociale, a differenza del *pollero* sociale è un prodotto delle relazioni di mercato, dunque l'appropriazione del migrante ha come obiettivo principale l'ottenimento di un beneficio economico, materiale o in natura. In tal caso non importa l'origine, il vincolo di appartenenza e il percorso pianificato dai migranti, ma il beneficio che si può trarre da costoro e anche dalle loro famiglie. In altre parole, mentre il *pollero* è un prodotto di relazioni di fiducia reciproca con i migranti intenti a lasciare la propria terra, il *coyote* è un prodotto della legislazione migratoria restrittiva che aumenta la vulnerabilità del migrante, il quale ha bisogno di maggiore sostegno per attraversare e aggirare i punti di controllo migratorio. Senza tale legge restrittiva l'esistenza del *coyote* sociale non avrebbe motivo di esistere, anche se è evidente che il *coyote* non è un prodotto voluto dalla legge, ma una sua conseguenza, fino ad ora automatica ed innegabile. Ciò non significa necessariamente che la legge tragga beneficio da questo quadro: il *coyote* infatti non solo distrugge il tessuto sociale, ma è anche nocivo per le istituzioni pubbliche, tra cui il governo; ne beneficiano soltanto coloro che svolgono tale attività, i loro subalterni e tutti quelli che forniscono ai *coyotes* una qualche contropartita commerciale. Si può dire che i *coyotes* generino e giovino a micro-tessuti sociali "opportunisti" a scapito degli altri macro-tessuti sociali e istituzionali. Il *coyote* è il prodotto dell'intolleranza delle leggi: non serve alle leggi, ma si serve semmai di queste ultime; è un commerciante nocivo. Mentre nella relazione tra *pollero* e migrante si preserva l'integrità del tessuto sociale della comunità di origine, in quella intrapresa dal *coyote* questo tessuto viene danneggiato in nome dell'interesse speculativo nutrito dal *coyote* stesso, incurante del danno che può provocare a tutto il resto. Un *coyote* con più esperienza può persino ottenere maggiori introiti economici dal migrante e dalla sua famiglia pretendendo una tariffa più alta in cambio del proprio aiuto e della propria protezione, e di conseguenza approfittando della vulnerabilità

del/della migrante e dei rischi a cui è esposto (o esposta), tra cui quello del sequestro. Si tratta di una semplice equazione di mercato: quanto vale il migrante? Di quante risorse dispone chi è disposto a tenerlo, prendersene cura e liberarlo? Si tratta di una mercanzia umana il cui prezzo è fissato in base al mercato e agli attori che lo determinano. Le leggi migratorie sono, in questo senso, un incentivo sul mercato: a una maggiore rigidità delle suddette leggi corrisponde un aumento del mercato dei prodotti e dei servizi concorrenti. È per questo che il *coyote* è un predatore del tessuto sociale; quindi è molto grave confondere il *pollero* con il *coyote*, in quanto sono diametralmente opposti l'uno all'altro, sociologicamente parlando, così come il pulcino e il *coyote* lo sono nel regno animale.

Per quanto riguarda il trafficante di migranti, quest'ultimo è il prodotto sociale di maggior successo in ambito commerciale. Offre i suoi servizi per il trasferimento di persone da un luogo all'altro, ha il suo listino prezzi, i suoi termini e le sue condizioni di pagamento per chi si adatta alla sua tariffa. Dal punto di vista dell'ubicazione territoriale la figura del trafficante è più vicina al *pollero* e il suo rispettivo contesto sociale. Di fatto mentre il *coyote* si apposta nei luoghi di transito e nei punti di attraversamento illegali tra frontiere porose come quella tra Guatemala e Messico, il trafficante invece ha bisogno come il *pollero* di piazzarsi il più vicino possibile alla fonte del proprio guadagno, ossia alle comunità in cui il movimento migratorio ha inizio. In ogni caso, il successo del proprio operato è legato alla capacità di sapersi collocare nello spazio; c'è quindi una razionalità di mercato, che nel caso del *pollero* si può evincere dagli effetti che determinate forze macroeconomiche producono a livello locale, che creano una risposta a livello comunitario non strutturata negli schemi dell'azione collettiva, con un maggior peso delle forze centrifughe rispetto quelle centripete. Si tratta di un "confronto" tra forze impari aventi ciascuna propositi diversi, una lotta impari in tutti i sensi. Al tempo stesso però il trafficante è agli antipodi del *pollero*; mentre dietro l'attività del *pollero* c'è una sorta di premessa, che è quella dell'accordo e della conoscenza previa tra parti, per il trafficante non sussiste alcuna premessa di questo tipo; mentre l'attività del *pollero* si basa su una relazione personale e soggettiva, per il trafficante questa relazione è spersonalizzata; mentre dall'attività del *pollero* può derivare un beneficio per il tessuto sociale (della comunità di origine del migrante), quella del trafficante arreca beneficio solo alle relazioni di mercato e alle reti speculative connesse a queste ultime, ma non ai contesti sociali da cui provengono i migranti, che sogliono essere delimitati e di piccola entità, mentre le attività commerciali legate ai trafficanti si proiettano in un mercato globale.

Per questo i circuiti commerciali soverchiano i contesti sociali dei migranti: se non li distruggono, li modellano rendendoli funzionali a un mercato su larga scala. Succede inoltre che sia il *pollero* che il trafficante abbiano bisogno di una “garanzia sociale”: a seconda dell’attore sociale coinvolto sarà infatti necessaria una determinata base di legittimazione. La garanzia sociale nel caso del *pollero* si può tradurre in termini di fiducia personale, mentre nell’altro (nel caso del trafficante) la fiducia è di natura professionale. La fiducia verso il trafficante dipende infatti dal prezzo dei suoi servizi, dalle sue condizioni di pagamento, ma soprattutto dal compimento del contratto sottoscritto. Qualora riesca nell’intento, le sue prestazioni verranno richieste da un maggior numero di persone intenzionate ad emigrare: quanto maggiore è la sua professionalità, maggiore sarà la domanda per i suoi servizi, ossia di relazioni contrattuali proprie del mercato. Il suo prestigio non è di carattere sociale, ma imprenditoriale, commerciale e professionale. La gente avrà fiducia nel *pollero* per via del suo prestigio sociale, mentre si fiderà invece del trafficante per via del suo prestigio professionale; ad uno gli si dà empatia, all’altro denaro.

Col passare del tempo, col progressivo perfezionamento dei processi di *pollerismo*, *coyotaje* e traffico di migranti – processi che possono essere simultanei ma non escludenti, sebbene in competizione tra loro – aumenterà il numero di persone che partecipano a queste attività rivestendo ruoli sempre più diversificati, con introiti sempre maggiori in maniera proporzionale al rischio che la suddetta partecipazione comporta. Questi sviluppi sono più frequenti tra i *coyotes* e i trafficanti, dato che le attività sono più di mercato, ossia lucrative, anziché solidarie come quella del *pollero*. In ogni caso la proliferazione e la perpetuazione delle reti legate ai *polleros* ai *coyotes* e ai trafficanti sono rese possibili da un insieme di saperi - “di trucchi del mestiere” - legati alla migrazione di transito. Come nel caso del *pollero*, questo *know how* si può trovare in qualcuno che abbia già vissuto o stia vivendo l’esperienza migratoria e che conosca quindi i percorsi e la morfologia del territorio. Questo sapere può essere anche detenuto da chi fornisca a livello locale dei servizi di supporto logistico ai migranti di transito: per “supporto logistico” si intende la possibilità di mettere a disposizione il proprio veicolo o un immobile di proprietà per accompagnare e ospitare i transmigranti durante una parte del loro viaggio. Dato che si tratta di attività che implicano relazioni sociali ampie – tali da includere anche il tornaconto economico - *coyotaje* e traffico di persone producono reti sociali funzionali alla loro attività lucrativa, il cui ricavato potrà anche essere investito in nuove attività, come se si trattasse di un’impresa che opera in più settori. Inoltre i processi speculativi del *coyotaje* e del traffico di persone mano a mano che si sviluppano finiscono per assumere un

carattere sistemico in quanto espressioni del sistema stesso, aventi un proprio spazio condiviso sia con l'economia formale che con quella sommersa e con vasi comunicanti tra mercati locali e transnazionali.

Inoltre, se questi tre concetti (*pollero*, *coyote* e trafficante) possono apparentemente presentarsi come compartimenti stagni, in concreto possono tuttavia prodursi dei “punti di contatto” tra coloro che incarnano questi concetti nella realtà, nonché dei trasferimenti di identità, di atteggiamenti, di compiti e di spazi in cui si verificano incontri o fatti sociali. Il rischio di confondere l'uno con l'altro è maggiore quando le stesse persone fisiche svolgono l'una o l'altra attività o quando queste figure assumono un determinato ruolo nei confronti di alcuni migranti, mentre con altri migranti un altro ruolo ancora, pur restando nello stesso ambiente fisico e nello stesso lasso di tempo. Non c'è una confusione tra ruoli, ma una differenziazione di relazioni con l'alterità migrante. Per via della loro immediata vicinanza sono gli stessi migranti i primi a confondersi, ma questo è il rischio che vive ed affronta chiunque prenda parte a un determinato processo sociale; da qui l'occhio clinico, l'occhio esperto in grado di discernere quello che dice il migrante o qualsiasi altro informatore qualificato al fine di non riprodurre acriticamente una percezione sbagliata.

Per avere una visione ampia bisogna vedere questi processi nel significato generale del loro essere e del loro agire, altrimenti i suddetti processi verrebbero erroneamente considerati come mere “anomalie” e non come sviluppi connaturati al mercato. Di fatto, un “orizzonte ampio” ci permette di osservare la dimensione locale e globale come parti di un tutto, in cui ciascuna di queste dimensioni (ripeto, locale e globale) non può essere spiegata senza considerare l'esistenza dell'altra e viceversa. Il *coyotaje* e il traffico di migranti sono (quindi) ingranaggi della stessa grande macchina, che è quella del mercato. Questi “ingranaggi” mantengono un'interazione con altre componenti del sistema sociale di dominio. Con alcune di queste componenti viene intrattenuta una relazione di competizione, di guadagni e di perdite secondo le regole che reggono questo specifico mercato, mentre che con altre componenti, quelle giuridiche dello Stato, sussiste una relazione di tensione, conflitto, castigo ed esclusione, relazione che - come scritto prima - finisce per rendere più costoso per il migrante il “servizio” richiestogli, nella misura in cui quest' attività (o servizio) viene criminalizzata dalla legge e perseguita dalle autorità migratorie. In breve: a maggior criminalizzazione della migrazione non autorizzata vi sarà un maggior aumento del prezzo di mercato dell'attività del *coyote* e del trafficante. All'interno di questo quadro il sanzionamento degli attori responsabili di queste attività lucrative è poco incisivo e si applica a pochi, dato il contesto di impunità e debolezza

istituzionale che caratterizza il Messico e i paesi centroamericani maggiormente coinvolti in questi movimenti migratori. Questi ingranaggi e questi mercati specifici non cesserebbero di esistere nemmeno nel caso venissero parzialmente regolati, *inoltre la massa migrante è oggetto di disciplina da parte dell'azione statale in tempi e circostanze che non verranno affrontate in questa sede* (sottoliniamo che questo tema sarà materia di studio in un altro testo che è in fase di elaborazione). In questa sede si sono voluti trattare solamente quegli attori sociali che si relazionano in maniera diversa con i migranti (*polleros, coyotes* e trafficanti) ma non i migranti in sé.

Riassumendo, *pollero, coyote* e trafficante sono attori sociali che sorgono da un bisogno sociale che arrivano a soddisfare rispondendo a una domanda di mercato (offerta/domanda, inserimento/rifiuto, ecc.) all'interno di un determinato sistema di dominio (legato al modo di produzione e alla strutturazione sociale).

Se questi elementi non sono considerati nell'analisi, quest'ultima sarà fuorviante. L'occhio allenato dello studioso deve quindi aggiornarsi, apprendere continuamente, revisionare in ogni momento i propri strumenti, le proprie formulazioni concettuali e la loro portata interpretativa, altrimenti si rischierebbe di spiegare un nuovo fenomeno con un bagaglio teorico obsoleto. Il risultato in tal caso sarebbe prevedibile: formulazioni anacronistiche sin dal principio (dell'analisi).

RC

Città del Messico, Marzo 2016.

Nota: Nel testo successivo, saranno presentate le somiglianze e le differenze tra le reti di trafficanti e le reti della criminalità organizzata che colpiscono i migranti internazionali.

Traduzione di Matteo Cocco Siddi (cocco.matteo1@libero.it)

English

# POLLERO, COYOTE AND SMUGGLER:

TOGETHER BUT NOT EQUAL.  
A BASIC PROPOSAL FOR HOW  
TO DIFFERENTIATE

---

*Part 1*

*Rodolfo Casillas R.*

POLLERO, COYOTE AND SMUGGLER:  
TOGETHER BUT NOT EQUAL.  
A BASIC PROPOSAL FOR HOW TO DIFFERENTIATE

*Rodolfo Casillas R.*

In the examination of human smuggling, there is often confusion regarding the usage of the terminologies “pollero,” “coyote,” and “smuggler,” which are often used interchangeably, even among circles of experts. For the wider society, the indiscriminate usage of these terminologies is entirely understandable. However, in the field of migration studies, this differentiation is crucial, as these terminologies contain more than meets the eye. They are distinct concepts that implicate different social actors, operate within different commercial markets, and provoke different ramifications for the social fabrics of the communities of origin, transit, and destination.

“Pollero” is a farm allegory to a chicken (“pollo”) herder. It alludes to the image of a small farm animal that follows its progenitor, the mother hen. Wherever the hen goes, the chicks follow. When examining the relationship between the migrant and the pollero, one could argue that they emulate this pattern of animal behavior. Migrants follow the pollero without question, being that they are under the assumption that he is deeply familiar with the route and would not lead them astray. However, similar to how the chicks do not trail after just any hen, migrants do not follow just any pollero. They follow a pollero who demonstrates their previous knowledge and experience, and with whom they already have a previous arrangement. That is to say, there is a social knowledge that permits this arrangement among parts *within* a society. It is important to note that although this arrangement occurs within a commercial context, it is not necessarily a contractual relationship. It is an agreement that originates from a collective imagination and is fostered by relationships of trust and a sense of community. The mutual trust and reciprocal support afforded by this relationship are not regulated by, nor subject to, commercial or market values. Instead, they help to form the social fabric which spans across time, space, and borders. In its most basic form, the social origin of the pollero can be distilled down to a relationship of social cohesion that is geographically expansive, and that is nourished by new elements along the course of its journey. Therefore, the society is concerned with protecting its existence against the onslaught of attacks by other social and institutional actors.

Similar to the pollero, the coyote is a nature allegory. However, unlike the pollero, who herds chickens, the coyote is a predator hunting for its next victim, regardless of whether their prey travels alone or with a group. In the context of migration, coyotes do precisely that: they hunt for individual or groups of migrants in strategic points along the route, especially along national borders. They wait for their migrant “pollos” to arrive, after which point they try to overtake them, whether that be through physical violence or more subtle violence, such as coercion. The coyote, unlike the pollero, is a product of market relations and has the sole objective of capitalizing on the migrant for economic or material gain, or benefit in kind. In the context of this relationship, the migrant’s origin, ascription, membership, and future plans are completely inconsequential. The coyote’s only concern is what benefit they can reap from the migrant, and eventually the migrant’s family. It is important to note that while the



pollero is a social product, by contrast the coyote, on the other hand, is the product of restrictive legality that has increased the vulnerability of migrants by subjugating them to higher risks, which has subsequently caused migrants to need more support in order to be able to evade immigration check points and navigate the border. If such restrictive legality was not in place in the first place, the coyote would have no reason to exist. However, it should be clarified that the coyote was by no means a product intentionally created by this restrictive legality, but rather a byproduct and an unintended consequence. Not only does the coyote not serve the legal order—it degrades the social fabric and is injurious to public institutions, particularly the government. The only actors who benefit in this context are those carrying out the activity, their dependents, and those who provide other remunerated activities that overlap with the coyote's work. It is to say, those on the fringes of society are benefitting at the cost of the greater social good. The coyote does not serve restrictive legality, but rather is served by it, and is a predatory merchant that profits off intolerance to law.

While the pollero/migrant relationship thrives off of the preservation of the social fabric, the coyote/migrant relationship thrives off of profit, without taking into account how much damage is being afflicted upon the social fabric pertaining to the migrant. A more experienced coyote can even try to profit off of the migrant's social fabric and tap into potential resources, namely when the migrant appeals to their social network for help and support. This could result in even larger sums of money if the migrant is kidnapped or deprived of their liberty at some point along their journey. The market equation is simple: how much is the migrant worth, and how much is the person willing to pay who wants to kidnap them or set them free? Human merchandise has a fixed price in accordance with the market and the market participators. On the contrary, immigration laws are, in many ways, market stimuli: their degree of inflexibility corresponds with the market rise of concurrent goods and services. For this reason, the coyote, which preys on and profits off the social fabric of the migrant, is a direct product of the mercantile society. Consequently, it is a grave error to confound the concepts of pollero and coyote, especially given that sociologically speaking, they are antipodes of one another.

In comparison with the pollero and the coyote, the migrant smuggler is the most sophisticated social product, and originates from the mercantile society. Smugglers offer their transportation services from point A to point B, and can readily provide a list of prices, means, and conditions of payment for whoever is settling the account. Generally, the smuggler situates itself in or around the places of origin, or other strategic points, such as the interregnum between smuggling networks. In that sense, they are more similar to the coyote. However, when taking into account their territorial expanse, which generally extends far beyond the limits of their physical location, smugglers are, geographically-speaking, more closely situated next to the pollero and its social environment. In effect, both the smuggler and the coyote must operate out of strategic locations in order to carry out their economic objectives, however while the coyote situates itself along transit points, the smuggler situates itself in close proximity to where there is a market demand for their services. In both cases, the success of their economic venture hinges how they situate themselves spatially, which suggests that there is a market rationale behind their locations, whereas the pollero is subject to the general forces of the macroeconomy and its local effects, which ultimately determine whether there will be a social need and a market demand for the pollero's services.

Unlike the coyote and smuggler, the pollero's activities are not structured in schemes of collective action, and are more influenced by centrifugal forces than centripetal forces.

In many ways, it could be argued that the smuggler is the polar opposite of the pollero. For the pollero, it is a prerequisite that there be prior interaction and a preexisting arrangement between pollero and migrant, whereas for the smuggler, there does not need to exist this prior context in order to initiate new interactions and transactions. While the pollero is based on a subjective relationship, the smuggler is an impersonal and objective relationship. While the pollero's activities stimulate the social fabric which spans across borders, the smuggler's activities only stimulate the market. Albeit the social fabric may extend transnationally, the smuggler's commercial ties are tethered to the global market. The smuggler integrates into the social fabric of the migrants to mold and shape it in order to make it operational within the macroeconomy.

However both the pollero and the smuggler require social endorsement in order to be able to operate within and across communities. This social endorsement may be provided by different social agents, and may vary in form, but for both the pollero and smuggler, this social backing manifests in the form of trust: personal in some cases, professional in others. Not any migrant can become a pollero. In the best case scenario, a migrant becomes a pollero because they are part of an immigrant family that is recognized as trustworthy enough to entrust them with the life of a family member or friend. If the pollero successfully facilitates the journey to completion, their own community may call upon their service in the future, until eventually the title of "pollero" sticks. The title of "pollero" is a form a social recognition that they have been awarded by their community. For the pollero, the benefits of their role do not necessarily imply profit, but rather social prestige and cohesion within the social fabric where they are making their "community contribution." For the smuggler, the price of their service, the terms and conditions of payment, and even the manner in which they conduct themselves depend upon the market demand for their services of international transport, and are subject to their contractual relations of the market. The prestige of the smuggler is not social in nature, but rather, professional. The community trusts in a pollero based on their social prestige, whereas the smuggler will be well-regarded based on their level of professional prestige. While one is rewarded with affection, the other is rewarded in financial gains.

While in theory, each one of these three concepts (pollero, coyote, and smuggler) is entirely distinct, on the ground there is a lot of cross-pollination among these actors who embody the social reality, which include transferences of identity, behaviors, tasks, and spaces in which these encounters and exchanges occur. The risk of confusing these concepts becomes greater when these actors shape-shift between activities, and assume different roles within different groups of migrants in the same time and space. The risk of this confusion does not lie so much in the inability to distinguish their distinct roles, but rather the differentiation in the manner in which these actors interact with migrants. Due to their close proximity, migrants are often the first to confuse the terms of these roles, however that is a risk faced by any participant who is subordinated to a determined social process. The clinical eye, on the other hand, has an advantage that should allow them to be able to better discern who is who based on critical examination of the information provided by the migrant or informant. Because they are afforded a degree of separation from the situation on the ground, the clinical eye should be able to make these proper distinctions in order to not reproduce inaccuracies.

It is notable to point out that the pollero has two other peculiarities that distinguish it from the coyote and the smuggler. Firstly, the pollero can maintain their role as pollero while simultaneously forming part of a community. Furthermore, upon their arrival to the destination, their economic activity ceases. Eventually, but not always, they can reassume the role of pollero once they return to their place of origin or residence, when they decide to carry out the activity again. Secondly, the pollero's activities do not necessarily involve an economic transaction of sorts, and if does, profit is not the objective. If, during the course of the journey, something shifts and the terms of the original agreement are altered, the pollero stops being a pollero and becomes a smuggler. Notably, it is much more common for a pollero to become a smuggler than the other way around.

Over the passing of time, or rather as the processes of transporting and smuggling of migrants have been cultivated and refined, there has been an increased participation and incorporation of a wider array of social actors, as well as a diversification of the roles and activities carried out by these actors. The distinct roles and activities have varying degrees of implied risk, as well as reward, depending on the degree of involvement. These developments are especially pertinent to coyotes and smugglers, given that their activities are economic versus out of solidarity, like those of the pollero. Additionally, the social reproduction of polleros is based on a set of knowledge which is transmitted through the community, whether by family, a member of one's immediate social circle, someone who is an established pollero in the community, or even someone that was a migrant and is familiar with the routes, territories, navigation of social services en route, who may even be able to drive or is in possession of a vehicle or asset that could help facilitate the journey. Although the activities carried out by coyotes and smugglers are social activities, the transport and smuggling of migrants generate the social fabric necessary to carry out a profitable economic activity. The bulk of their interactions are limited to social fabrics that facilitate their economic activities, channel goods and resources, help to grow and diversify their commercial activities, and defray costs associated with income generated by the migrant market niche.

As these commercial processes become more systematic, they become a reflection of the system itself. They have come to occupy their own space within the formal and informal economy, with considerable cross-fertilization of local and international markets. In order to have a broad perspective for understanding and interpretation of the phenomenon, it is important to critically examine these actors in order to determine who they are and how they operate. Otherwise, the researcher is at risk of understanding these actors as an anomaly versus market-driven processes. The coyote and the smuggler are two cogs operating within the same machine—the global market. However the local and global market constitute two parts of a whole. It is impossible to discuss one without referring to the other.

Aside from their tightly woven operations, the coyote and the smuggler also interact with other social systems of domination. With some players, they maintain a competitive relationship, characterized by gains and losses as governed by the market rules. With other players, specifically legal agents, the relationship is characterized by tension, conflict, punishment, and exclusion. For the State, the irony is that criminalization is in their best economic interest of the criminal market niche for migrant smuggling. Not only does criminalization increase demand for the coyote's and

the smuggler's services—it causes a rise in the market value of their labor. For that reason, the “stick and carrot” approach is few and far between. These market niches do not cease to exist once they are partially regulated, but rather the multitude of migrants converts into material to capitalize upon at another time and place by the State, or other social actors that will not be discussed in this piece. This focal point of this essay is not migrants themselves, but rather how each of these social agents (polleros, coyotes, and smugglers) has a distinct mode of interaction with migrants. The pollero, coyote, and smuggler are social agents that emerge out of a social necessity for their services, and as a response to the market conditions, (ex. supply and demand), in a given social system of domination, (ex. modes of production and social structure). If the aforementioned circumstances are not taken into account, the researcher's analysis will be inaccurate. The clinical eye should constantly be training and cultivating its gaze through unlimited learning, constantly testing the limits of their own perceptions, analytical instruments, conceptual formulations, and scope of interpretation. Perhaps given the new social and economic circumstances, the researcher's conceptual grounding is no longer sufficient. The danger that lies in using an outdated theory to explain an entirely new phenomenon is that result is always predictable: a formulation based on underlying assumptions that are anachronistic.

RC  
Mexico City, March 2016

Note: the next essay will present the similarities and differences between trafficking and organized crime networks that harm international migrants.